

llaud—que ocultan su ambicion bajo su juventud, y juegan al Alcibiades para convertirse en Pisistratos!»

Al nombre de Pisistrato, Robespierre se creyó aludido y se quiso retirar. Roberto Lindet intervino con palabras sábias y dulces. Billaud desarrugó su frente y ofreció la mano á Robespierre. «En el fondo,—dijo,—yo no te he echado en cara más que tus perpétuas sospechas; desisto voluntariamente de las que yo mismo he concebido de tí. ¿Qué tenemos que perdonarnos? ¿No hemos pensado y hablado siempre lo mismo en todas las grandes cuestiones que han agitado á la república y á los consejos?» «Eso es verdad,—dijo Robespierre,—pero inmolaís por casualidad los culpables y los inocentes, los aristócratas y los patriotas.» «¿Por qué no estás tú con nosotros para elegirlos?» «Aún es tiempo—respondió Robespierre—para establecer un tribunal de justicia que no elija, pero que condene con la imparcialidad de la ley, y no por casualidad ó por espíritu de faccion.» La discusion se estableció sobre este principio. Las prendas eran las cabezas de los mejores ciudadanos. Robespierre queria regularizar y moderar el Terror; los demas, declararlo más necesario que nunca para exterminar y extirpar á los conspiradores. «¿Por qué habeis forjado la ley del 22 Prairial?»—dijo Billaud.—«¿Ha sido para dejarla dormir en la cartera?» «No,—respondió Robespierre,—sino para amenazar desde más alto á los enemigos de la revolucion sin excepcion, y á mí mismo si levantase la cabeza por cima de las leyes.»

Se convino, dicen, en entenderse amigablemente sobre la suerte del pequeño número de hombres peligrosos que se agitaban en la Convencion, y sacrificarlos, si eran culpables, á la seguridad de la república y por la concordia del gobierno. Se determinó que Saint-Just compusiese un informe sobre la situacion de las cosas, propio á extinguir en apariencia los disentimientos, y á demostrar á la república que la armonía más completa se habia restablecido entre sus hombres. Se separaron con las apariencias de una reconciliacion.

LIBRO SESENTA.

Engañosa reconciliacion.—Deliberacion de los conjurados.—Los jacobinos y los seccionarios toman á Robespierre por jefe y por bandera.—Síntomas de un nuevo 31 de Mayo.—Primeros dias de Thermidor.—Robespierre permanece separado.—Su peregrinacion á la ermita de Juan Jacobo Rousseau.—El 7 Thermidor.—El 8 Thermidor.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—La Asamblea rehusa que se imprima.—Robespierre en el club de los Jacobinos.—Lee el discurso rechazado por la Convencion.—Su testamento de muerte.—Agitacion.—Manifestaciones tumultuosas.—Payan propone suprimir los comités.—Saint-Just en el comité de salud pública.—Escena violenta.—Collot-d'Herbois y Saint-Just.—Los conjurados se preparan para la crisis del dia siguiente.—Carta de Teresa Cabarrús á Tallien.—Respuesta de éste.—Los diputados de la Llanura indecisos.—Se dejan llevar por los conjurados.—9 Thermidor.—Los jacobinos se preparan para los acontecimientos del dia.—Coffinhal, Fleuriot, Payan, Henriot.—Sesion de la Convencion.—Collot-d'Herbois presidente.—Saint-Just en la tribuna.—Tallien le interrumpe.—Billaud-Varennes denuncia los proyectos de los Jacobinos contra la Asamblea.—Prolongada agitacion.—Ataca á Robespierre.—Es vivamente aplaudido.—Robespierre se lanza á la tribuna.—Clamores de la Montaña.—Tallien quita la palabra á Robespierre y pide la prision de Henriot y que la sesion sea permanente.—Estas proposiciones se votan por aclamacion.—Barere sube á la tribuna y se pronuncia contra Robespierre.—Vadier sigue á Barere.—Robespierre no consigue hacerse oír.—Deja la tribuna.—Le rechazan de todos los bancos.—Vociferaciones.—Tumulto.—Decreto de acusacion contra Robespierre.—Participan de su suerte Robespierre el jóven, Couthon, Saint-Just y Lebas.—Los acusados son conducidos á la barra.—Se suspende la sesion.—Se envia á la cárcel los acusados.—Ejecuciones del mismo dia.—Ejecuciones del dia anterior.—Roucher y Andres Chenier.

I

Los síntomas de reconciliacion que acababan de aparecer en la última entrevista de Robespierre y del comité de salud pública eran engañosos. Apenas Fouché, Tallien, Barras, Fréron, Bourdon, Legendre y sus amigos tuvieron conocimiento de aquellas tentativas de paz, conocieron que sus cabezas serian el precio de la concordia. «Entregadas nuestras cabezas,—dijeron á Billaud-Varennes, á Collot-d'Herbois y á Vadier,—¿qué os quedará que defender? ¿Las vuestras? La tiranía no se disfraza sino para acercarse sin ser apercibida. Cuando le hayais concedido las cabezas de vuestros únicos defensores en la Convencion, la ambicion de Robespierre se aumentará sobre nuestros cadáveres, y os herirá con el arma que le hayais proporcionado.» Billaud-Varennes, Collot-d'Herbois y Vadier eran demasiado ilustrados por su propio odio para no comprender estos peligros, y juraron que no se concederia ninguna cabeza de la Convencion. Las secretas entrevistas entre los representantes amenazados y los miembros de los dos comités fueron más frecuentes y más misteriosas. De dia se deliberaba, y se conspiraba de noche. Se tramaba la pérdida de Robespierre á pocos pasos de su casa, en la de Courtois, que era bastante animoso para facilitar su habitacion á los conjurados, que le lisonjaban en querer suprimir el Terror.

Por su parte los confidentes de Robespierre le insinuaron que todo paso para

reconciliarse era un lazo que los comités le armaban. «Ellos se humillan porque tiemblan,—le decían.—Si tu solo silencio los ha reducido á tal abatimiento, ¿qué será cuando te levantes para acusarlos? Pero si aceptas hoy la apariencia de una fingida reconciliación con ellos, ¿de qué los acusarás sin aparecer tú cómplice también? Si te conceden los más insignificantes y los más despreciables de tus enemigos, será para conservar á los más temibles y á los más malvados. Ofreceles el combate todos los días desde la cima de la tribuna de los Jacobinos; si lo rehusan, su cobardía los deshonorará y los acusa, y si lo aceptan, el pueblo está de tu parte.»

Impaciente Saint-Just por las contemplaciones de Robespierre, salió por quinta vez para el ejército del Sambre y Mosa. «Voy á hacerme matar,—dijo á Couthon.—Los republicanos no tienen otro lugar que el sepulcro.» Couthon exclamaba con frecuencia en los Jacobinos: «La Convención está sojuzgada por cuatro ó cinco malvados. Por lo que á mí hace, declaro que no me dominarán. Cuando dicen que Robespierre se debilita, pretenden también que yo estoy paralizado. Ellos verán que mi corazón tiene todas sus fuerzas.»

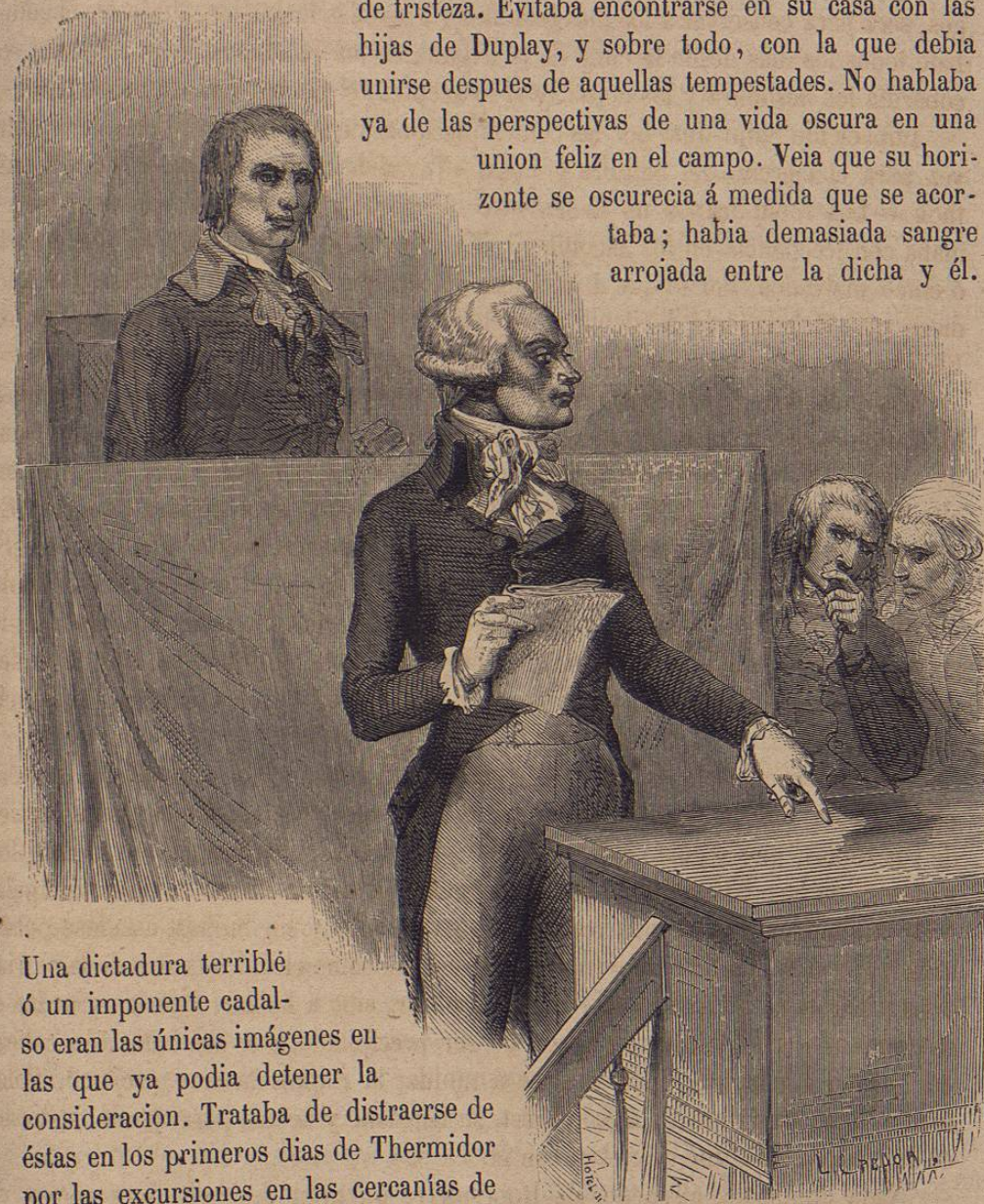
Los jacobinos, los seccionarios, Payan, Fleuriot, Dobsent, Coffinhal, sobre todo, Henriot y su estado mayor hablaban en público de un ataque á mano armada contra la Convención. «Si Robespierre no quiere ser nuestro jefe,—decían en alta voz los hombres de la municipalidad,—su nombre será nuestra bandera. Es necesario violentar su desinterés, ó la república perece. ¿Dónde está Danton? ¡Si viviera, salvaría al pueblo! ¡Por qué es preciso que la virtud tenga más escrúpulo que la ambición? El desinterés que pierde á la libertad es más culpable que la ambición que la salva. ¡Ojalá—añadían—que Robespierre tuviese la sed de poder de que le acusan! La república tiene necesidad de un ambicioso, y él no es más que un sabio.»

Aquellas proposiciones que resonaban continuamente en los oídos de Robespierre; la fermentación creciente de que era testigo en los Jacobinos; los informes de sus espías, que seguían á tientas un complot tenebroso de la Convención; los síntomas de otro 31 de Mayo que abiertamente se manifestaban en la municipalidad; el temor de que la insurrección, sin moderador y sin límites, estallase por sí misma, arrastrando á la Convención, que miraba como el único centro de la patria, determinaron al fin á Robespierre, no á obrar, sino á hablar. Quería más dar el combate solo en la tribuna, á riesgo de ser precipitado, que combatir á la cabeza del pueblo amotinado, exponiéndose á mutilar la Representación nacional. Solamente llamó en su auxilio á Saint-Just, su hermano y Lebas, para que le asistiesen en la crisis ó para que muriesen con él.

Nada anunciaba alrededor de Robespierre un gran designio. A excepción de cuatro ó cinco hombres del pueblo que llevaban armas ocultas bajo su ropa, que los Jacobinos habían encargado sin su noticia que le siguiesen y velasen por la seguridad de su vida, todo su aspecto era el del más humilde ciudadano. Nunca había afectado más simplicidad y más modestia en sus costumbres; de día en día se aislaba más, pareciendo recogerse en los gozos contemplativos de la naturaleza, sea para consultar como Numa el oráculo en la soledad, sea para saborear los últimos días de vida que su incierto destino le acordaba. No iba ya á los comités, rara vez á la Convención, y con inexactitud á los Jacobinos. Sólo se abría su puerta á un reducido número de amigos. No escribía, pero leía mucho. Parecía estar, no

agobiado, sino cansado. Se hubiera dicho que se había situado en aquel estado de reposo filosófico á que los hombres, en vísperas de las grandes catástrofes, se entregan algunas veces para dejar obrar sólo á su destino y ver venir los acontecimientos. Una expresión de desaliento entorpecía sus miradas, ordinariamente muy perspicaces y escrutadoras. El metal de su voz se había endulzado, tomando un acento

de tristeza. Evitaba encontrarse en su casa con las hijas de Duplay, y sobre todo, con la que debía unirse después de aquellas tempestades. No hablaba ya de las perspectivas de una vida oscura en una unión feliz en el campo. Veía que su horizonte se oscurecía á medida que se acortaba; había demasiada sangre arrojada entre la dicha y él.



Una dictadura terrible ó un imponente cadalso eran las únicas imágenes en las que ya podía detener la consideración. Trataba de distraerse de éstas en los primeros días de Thermidor por las excursiones en las cercanías de París. En compañía de algún confidente ó solo, estaba días enteros bajo las arboledas de Meudon, de Saint-Cloud ó de Viroflay. Se hubiera dicho que se alejaba de París, en donde rodaban las carretas de las víctimas, para poner distancia entre los remordimientos y él. Ordinariamente llevaba un libro filosófico, tal como Rousseau, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre, ó poetas sentimentales, como Gessner ó Young; extraño contraste entre la dulzura de las imágenes, la serenidad de la naturaleza y la aspereza del alma. Tenía los ensueños y las contemplaciones de la teosofía en medio de las escenas de muerte y las proscripciones de Mario.

Robespierre pronunciando su defensa en la Convención (8 Thermidor).—Pág. 459.

II

Se dice que el 7 Thermidor, víspera del día en que Robespierre esperaba la llegada de Saint-Just, y en que había resuelto jugar su vida contra la restauración de la república, fué por última vez á pasar el día en la ermita de Juan Jacobo Rousseau, en las cercanías del bosque de Montmorency. ¿Iba á buscar inspiraciones políticas bajo la sombra de los árboles en la que su maestro había escrito el *Contrato social*, este código de la democracia? ¿Iba á rendir homenaje al filósofo espiritualista de una vida que iba á dar por su causa? Nadie lo sabe. Pasó, según se dice, horas enteras apoyada la cabeza en sus manos y recostado en la tapia rústica que cierra aquel pequeño jardín. Su semblante tenía la contracción del suplício y la lividez de la muerte, y en él se leía la agonía del remordimiento, de la ambición ó del desaliento. Robespierre tuvo tiempo para reunir en una sola mirada su pasado, su presente, la suerte de la república, el porvenir del pueblo y el suyo. Si murió de angustia, de arrepentimiento y de ansiedad, fué en aquella muda meditación.

Una intención recta al principio; una adhesión voluntaria al pueblo, que representaba á sus ojos la porción oprimida de la humanidad; un atractivo apasionado por una revolución que daba la libertad á los oprimidos, la igualdad á los humillados, la fraternidad á la familia humana, la razón á los cultos; algunos asiduos trabajos consagrados para hacerse digno de ser uno de los primeros obreros de aquella regeneración; las humillaciones crueles sufridas con paciencia en su nombre, en su talento, en sus ideas y en su fama, para salir de la oscuridad en que le confinaban los nombres, los talentos y la superioridad de Mirabeau, de Barnave y de Lafayette; su popularidad conquistada palmo á palmo, y siempre destrozada por la calumnia; su retirada voluntaria en las filas más oscuras del pueblo; su vida presa de todas las privaciones; su indigencia, que no le dejaba partir con su familia, más indigente que él, sino el pedazo de pan que la nación daba á sus representantes; su misma virtud levantada en acusación contra él; su desinterés, llamado hipocresía por los que eran incapaces de comprenderlo; el triunfo, en fin: un trono destronado, libertado el pueblo, su nombre asociado á la victoria y á las bendiciones de la multitud; pero al mismo tiempo la anarquía destrozando en el momento el reinado del pueblo; indignos rivales, tales como Hebert y Marat, disputándole la dirección de la revolución y precipitándola en su ruina; una lucha criminal de venganzas y crueldades estableciéndose entre sus rivales y él para disputarse el imperio de la opinión; algunos sacrificios culpables, hechos con repugnancia, pero hechos durante tres años por aquella popularidad que había querido ser alimentada con sangre; la cabeza del rey pedida y obtenida, la de la reina, la de millares de vencidos sacrificados después del combate; los girondinos sacrificados á pesar de que estimaba á sus principales oradores; el mismo Danton, su más orgulloso émulo, Camilo Desmoulins, su joven discípulo, arrojados al pueblo por una sospecha para que no hubiese más nombre que el suyo en boca de los patriotas; y en fin, el poder obtenido en la opinión, pero á condición de reconquistarle sin cesar por nuevos sacrificios; el pueblo no queriendo tener en su supremo legislador más que un acusador; las aspiraciones á la clemencia rechazadas por la

necesidad de inmolarse todavía; una cabeza pedida ó entregada por la precisión de cada día; la victoria tal vez para el día siguiente, pero sin determinar nada en el espíritu para consolidar y utilizar aquella misma victoria; las ideas confusas y contradictorias; el horror de la tiranía y la necesidad de la dictadura; los planes imaginarios llenos del espíritu de la revolución, pero sin organización para contenerlos, sin fuerza para hacerlos durar; palabras por instituciones; la virtud en sus labios, y la sentencia en la mano; un pueblo febril, una Convención servil, unos comités corrompidos; la república descansando en una sola cabeza; una vida odiosa, una muerte infructuosa, un nombre nefasto; el clamor de la sangre que no se apaga y que se elevaría en la posteridad contra él: todos estos pensamientos asaltaron sin duda á Robespierre durante aquel exámen de su ambición. No le quedaba ya más que un recurso: éste era ofrecerse como ejemplo á la república, denunciar al mundo los hombres que corrompían la libertad, morir combatiéndolos, y legar al pueblo, si no un gobierno, al menos una doctrina y un mártir. Evidentemente tuvo este último sueño; pero sólo era un sueño. ¡La intención era elevada, el valor grande, pero la víctima no era bastante pura para el sacrificio! Esta es la eterna desgracia de los hombres que han manchado su nombre en la sangre de sus semejantes, de no poder lavársela nunca sino con su propia sangre.

III

Habiendo regresado del ejército Saint-Just, fué diferentes veces por la noche á conferenciar con Robespierre. Cansado de esperarle, fué aún cubierto con el polvo del camino al comité de salud pública. Un silencio taciturno y una curiosidad inquieta le acogieron. Entró convencido de que los ánimos eran irreconciliables y de que los corazones abrigaban la muerte. Al siguiente día, Saint-Just confirmó á Robespierre en la idea de dar el primer golpe. Por su parte los comités esperaban un ataque próximo; sus miembros se preparaban. Conociendo la importancia de la elección de presidente en una asamblea, en que el que preside puede á su gusto sostener ó desarmar al orador, hicieron subir á la presidencia de la Convención á Collot-d'Herbois.

Robespierre volvió á leer y enmendó verosímilmente muchas veces su discurso. Al salir por la mañana, se despidió de sus huéspedes con la cara más conmovida que los otros días. Sus amigos Duplay y las hijas de éste se agruparon á su alrededor vertiendo lágrimas. «Vais á correr grandes peligros hoy,—le dijo Duplay;—dejad que vuestros amigos os acompañen y llevad armas ocultas.» «No,—respondió Robespierre;—estoy rodeado de mi nombre y armado con los votos del pueblo. Por otra parte, la mayoría de la Convención es pura: nada tengo que temer en medio de la Representación, á la que nada quiero imponer, sino inspirar solamente su salvación.»

Se había vestido con el mismo traje que había llevado en la proclamación del Sér Supremo. Afectaba en su persona la decencia que deseaba establecer en las costumbres, queriendo sin duda que el pueblo le reconociese en aquel traje como su bandera viviente. Lebas, Couthon, Saint-Just y David fueron á la sesión antes que él. La Convención estaba concurridísima y las tribunas ocupadas por los jacobinos. Al entrar, Robespierre pidió la palabra. Su presencia en la tribuna, en un